Solemnidad, Todos los Santos (1 de Noviembre)

Caminos de felicidad

"Al ver Jesús el gentío, subió a una montaña y se puso a enseñarles: Dichosos..."

Nadie tal vez como los verdaderos santos, ha tenido tan mala prensa.

Los hemos deformado, presentándolos como seres extraños a su propio mundo, o convirtiéndolos en superhombres, alejados de nuestra vida y de nuestros problemas, pero los santos canonizados, como aquellos otros cristianos que brillan por su ejemplo y también los santos de hoy, con quienes nos codeamos a cada paso, han sido hombres y mujeres comunes y corrientes. Fabricados de nuestra misma arcilla y viajeros por un camino semejante en todo al que nosotros pisamos.

¿Qué los hace distintos? Su decisión de buscar a Dios. Su voluntad de realizarse por los caminos de las bienaventuranzas.

El Sermón de la Montaña suena para algunos como un mensaje que trasciende nuestra lógica, pero quizás logre abrir puertas o mover corazones.

O lo interpretamos como un poema oriental. Lo hubiera escrito Tagore o Jalil Gibrán unos siglos más tarde.

O bien, acercándonos más a su contenido, lo aceptamos como una promesa de futuro. Se trataría de contradecir todos los mecanismos humanos aquí en la tierra para lograr la plenitud en el cielo.

Sin embargo todas estas interpretaciones son anticristianas.

Jesús nos dice que los caminos de la felicidad son ocho. Aparentemente contradicen los ideales del hombre. Pero mirando más despacio y comprendidos en el verdadero contexto del Evangelio, nos llevan a una plena realización. Por ellos muchos han cambiado.

Ser pobre significa preocuparse más de las personas que de las cosas. Mantener el corazón abierto a los verdaderos valores.

Ser manso es ser equilibrado, correcto en sus relaciones, sin dejarse vencer por el pesimismo o derribar por los reveses de la vida.

Llorar equivale a preocuparse, quizás de pronto hasta las lágrimas, por los males del prójimo y luchar por ayudarlo.

Tener hambre y sed de justicia es igual a poner todas las fuerzas personales en favor de lo verdadero y de lo justo.

Ser misericordioso es dar más de lo que se recibe y dar con alegría, haciendo que el otro crezca y se sienta bien.

Ser limpios de corazón es desterrar la hipocresía y la malicia. Esto nos hace capaces de admiración y de comunión con todo el mundo y de alegría. Construir la paz se logra de muchas maneras. Algunas simples y elementales. Tras más difíciles y complejas. Pero todas colmadas de esperanza y de gratificación.

Sufrir por la justicia significa soportar las incomprensiones y aún los golpes de muchos que no entienden nuestra buena intención. Luego comprenderán nos alegraremos en compañía.

Jesús, Maestro y Dios verdadero, nos señala caminos eficaces para encontrar la felicidad. Pero la mayoría no tenemos el valor de emprenderlos.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y